

Salvador Elizondo

Autobiografía y ficción

Juan José Barrientos

La autobiografía es un género híbrido, ya que combina la memoria con la imaginación. Actualmente se le conoce con el nombre de “autoficción” porque el narrador de alguna manera inventa o modifica su vida. Juan José Barrientos comenta la autobiografía de Salvador Elizondo publicada en 1967 y la combina con diversas entrevistas que el autor tuvo con Adolfo Castañón y Elena Poniatowska, para otorgarnos un retrato del creador de Farabeuf.

De acuerdo con una reseña de *El mar de iguanas*, publicado por Atalanta el año pasado, Salvador Elizondo “continúa siendo casi un desconocido en España”, pues aunque ya se habían publicado cuatro o cinco de sus obras, no fueron editoriales importantes las que trataron de dar a conocer a este escritor que no se benefició del *boom* de la novela latinoamericana y que en vida “tuvo mucho más prestigio que lectores”.

En México no tuvo mejor suerte, aunque en 1965 obtuvo el Premio Villaurrutia por su novela *Farabeuf o la crónica de un instante*, pues esa obra me parece que sólo se reimprimió en 1971, 1981, 2000 y 2008, con tirajes reducidos, y *Narda o el verano*, un libro de cuentos publicados por Ediciones Era en 1966, no se reeditó sino veintisiete años después, en 1992, y sólo tuvo una cuarta edición en el año 2000, dentro de la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica, año en que también se reeditó *El retrato de Zoé y otras mentiras*, cuya primera edición data de 1969. Hay además una edición de su *Narrativa completa* publicada por Alfaguara que data de fines de los noventa.

La adaptación a la pantalla de *Narda o el verano* tampoco tuvo éxito, pues se perdieron las principales cualidades del cuento: “una inquietante y etérea presencia femenina que nada tiene que ver con el muy concreto atractivo visual de la Chabot; un clima misterioso substituido por coloridas tarjetas postales firmadas por Gabriel Figueroa en el peor momento de su carrera” y un mal reparto, pues “el aspecto andrógino de Álvarez Félix por momentos hace pensar que más que un triángulo amoroso, lo que se describe es la atracción homosexual entre los amigos y, lo más lamentable, el director se ve en todo momento desbordado ante la imposible empresa de conciliar los valores literarios del texto con los valores comerciales que demanda la empresa productora”.

La obra de Elizondo está integrada, en fin, por dos novelas, tres colecciones de cuentos y diversos libros de artículos y prosas que resulta difícil clasificar por su género, pero también por los numerosos diarios y nocturnos que dejó inéditos y que su viuda ha estado publicando.



Salvador Elizondo

Su autobiografía, que curiosamente no forma parte de la edición de su *Narrativa completa*, se publicó en 1967 como parte de una serie de relatos no muy largos —unas setenta cuartillas— con la que Rafael Giménez Siles¹ y su asesor, Emmanuel Carballo, pretendían dar a conocer a varios escritores mexicanos que entonces empezaban a publicar, como Juan García Ponce, José Agustín, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis, Gustavo Sáinz, Tomás Mojarro, Marco Antonio Montes de Oca, Vicente Leñero, Homero Aridjis, Fernando del Paso y José Emilio Pacheco.

De ese modo, se impulsó un género poco cultivado en la literatura hispanoamericana, pero desafortunadamente sólo reescribieron y ampliaron esos relatos García Ponce, en *Personas, lugares y anexas*, y Sergio Pitol, en *El arte de la fuga*.

La autobiografía de Elizondo ha sido considerada la más lograda, junto con la de García Ponce, y la verdad es que resulta innovadora, porque enriquece el género con una dosis considerable de ficción.

Él mismo señaló en una entrevista:

¹ Giménez Siles fundó en los años treinta la Editorial Cenit que finiquitó la Guerra Civil y en la que publicó a John Dos Passos, Isadora Duncan, Engels, Gorki, Hermann Hesse, Sinclair Lewis, Chaplin, Rosa de Luxemburgo, Heinrich Mann, Piscator, Ramon J. Sender, Marx, Trotsky, Stefan Zweig...

Durante ese periodo fue profesor de "Técnica comercial del libro" en la Escuela de Librería, promovió la compra y adaptación de unos bibliobuses diseñados por Arturo Ruiz Castillo que durante la etapa republicana acercaron la cultura a muchos pueblos españoles.

Cuento la mía entre las divertidas, aunque no fuera muy certera, muy precisa, ni muy fidedigna. La considero así porque la escribí con un criterio estrictamente literario, distorsionando muchas veces hechos de la realidad que merecían, en aras de la literatura, ser un poco aderezados para que fueran más interesantes. Yo conté ahí, puedo decirlo ahora, muchas mentiras. No mentiras en el sentido estricto de la palabra, de que no fueran ciertas, sino que entre las medias mentiras había algo de realidad, pero había tanta realidad como fantasía, o muchas veces más fantasía que realidad.

¿Qué hay de realidad y qué de ficción en su relato?

Elizondo relata que en su infancia tuvo una niñera alemana que se desnudaba con la mayor naturalidad en su presencia para ponerse el bañador antes de tenderse sobre el césped, además, la joven lo invitaba a denostar a unos niños judíos que veían pasar desde un balcón, pues se hallaban en la Alemania nazi antes de la Segunda Guerra Mundial, y en realidad vivió dos o tres años en Berlín donde su padre tenía un puesto diplomático.

No menciona que su padre, al volver a México, se convirtió en un importante productor cinematográfico que fundó en 1935 la empresa Cinematográfica Latinoamericana, S.A. (CLASA), integrada por los estudios filmicos, la productora y la distribuidora de películas del mismo nombre. Elizondo padre se inició en el negocio con el clásico *¡Vámonos con Pancho Villa!* y luego financió películas tan importantes como *Distinto amanecer*, de Julio Bracho (1943), *Salón México*, de Emilio Fernández (1948) y *La ilusión viaja en tranvía*, de Luis Buñuel (1953) por las que se le recuerda.

Por suerte, años después Elizondo aprovechó algunas entrevistas para hablar de los estudios de su padre y los actores que conoció, entre ellos el Indio Fernández, que además era su vecino.

La parte más importante del relato es la relacionada con Silvia, a la que vio por primera vez una tarde en que iba con un amigo cuando escuchó a una joven tocar una sonata en un piano de cola y que años después volvió a encontrar con su hermana menor, una joven que desde un principio le pareció nerviosa e inestable. Elizondo da a entender que se enredó con las dos, y la hermana de Silvia luego se suicidó.

Ya casado con ella, cuenta que, alcoholizado, quemó su ropa y fue a parar a un manicomio, donde le dieron electroshocks. Cuando lo liberaron, su mujer le dijo que ya tenía listos los papeles para el divorcio; él la golpeó y huyó a Nueva York.

No aclaró el motivo por el que trató de quemar su ropa, pero al parecer ella ya lo había abandonado.

Lo que le dio fama de escritor maldito es el párrafo en que declara que nunca tuvo prejuicios contra el empleo de la violencia con las mujeres y asegura que de al-

gún modo ella lo pedía y que al golpearla notó o no pudo dejar de percatarse de que tomaba las mismas posiciones que cuando hacían el amor.

Elena Poniatowska trató de averiguar un poco más al respecto, y él le dijo:

—Creo que mi experiencia en el manicomio la viví realmente, porque fue uno de mis primeros encuentros con la realidad... me metieron... porque me puse una borrachera. ¡Pero imagínate tú lo que sería de este país si todos los que se han puesto una borrachera hubieran entrado al manicomio!

—Pero en tu autobiografía cuentas que incendiaste ropas...

—Bueno, ¿y qué? Eso es parte de la borrachera, ¿no? Estoy hablando de una borrachera, no estoy hablando de un cuetecito. Yo quemé unas ropas, y hay otros que mandan fusilar a un líder ejidal con toda su familia.

De acuerdo con eso sí quemó la ropa de su esposa y estuvo en un manicomio, pero no se sabe qué tiempo ni si realmente le dieron electroshocks o sólo tranquilizantes; tampoco se aclara si golpeó a su esposa.

El caso es que en realidad estuvo casado con Michelle Alban,² y tuvieron dos hijas, no una, Mariana y Pía, de las que la menor se casó con Gonzalo, el menor de los hijos de García Márquez.

Se dice que Silvia es “una mezcla de Michelle Alban y Pilar Pellicer”, una actriz con una larga filmografía que era su novia antes de que él se fuera a estudiar en Perugia.

En la *Autobiografía*, Silvia tenía una hermana menor que se suicidó, y Pilar Pellicer tuvo una hermana, en realidad mayor, que se suicidó cuando sólo tenía treinta años, Pina Pellicer, que hizo su debut en *El rostro impenetrable*, con Marlon Brando, y luego trabajó en *Macarí* (basada en un cuento de B. Traven) que compitió por el Oscar a la mejor película extranjera y que ese año obtuvo *El manantial de la doncella* de Ingmar Bergman.

En los extractos de los *Diarios*, que Paulina Lavista publicó en *Letras Libres*, Elizondo menciona un accidente automovilístico que tuvo con Pina en la carretera a

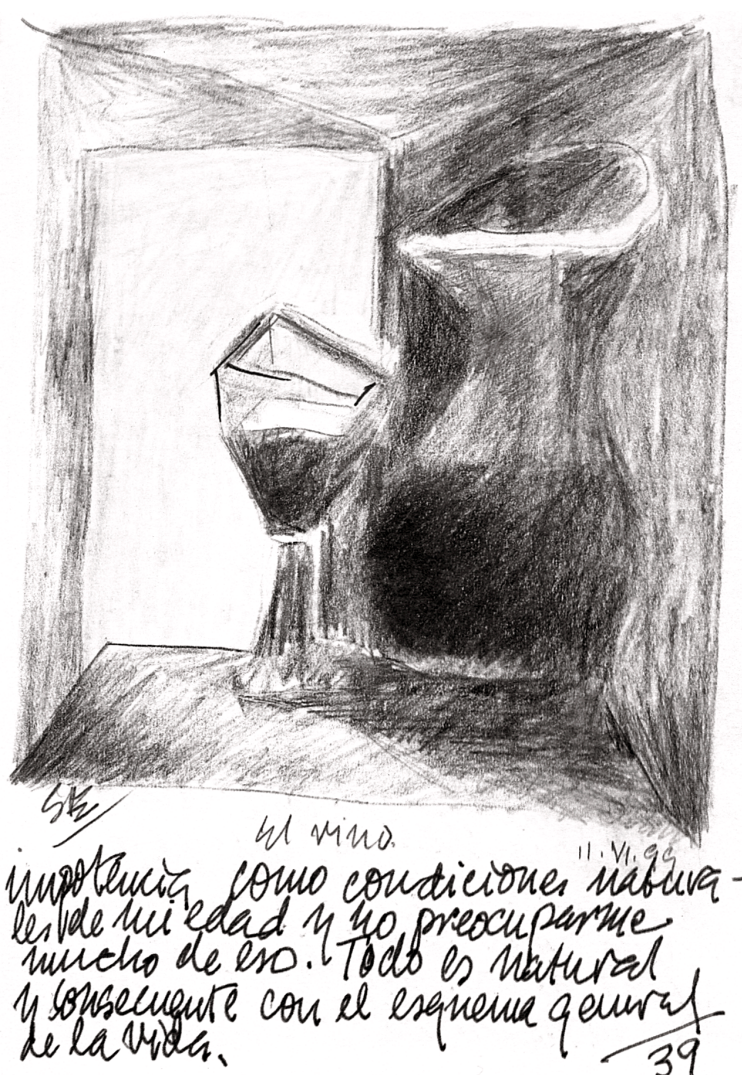
Cuernavaca; el coche quedó inservible y lamenta tenerlo que pagar; en ningún momento explica qué hacía con Pina, pero tampoco deja claro que tuviera un romance con ella.

Al respecto, me dijo su viuda, Paulina Lavista, que “Silvia” se basa en cinco o seis mujeres diferentes y que, por ejemplo, “la joven que oyó tocando piano era otra”, una mujer que luego se casó e hizo una vida, nada tenía que ver con las otras. Agregó que tal vez Elizondo eligió el nombre por *La dulce vida*, porque el personaje de Anita Ekberg se llama Silvia y que “no tiene nada que ver con Silvia Lemus”, la esposa de Carlos Fuentes.

Lo cierto es que al escribir su autobiografía, Elizondo quiso posar como un rudazo al estilo de Humphrey Bogart, a quien incluso procuraba copiarle el peinado que lucía en una de sus películas.

En Nueva York asegura que se hospedó en un hotel donde conoció a William Burroughs, lo que desde luego no es más que otra baladronada del tipo de las que luego usaría Woody Allen en *Play it again, Sam* (1972).

No olvidemos que Burroughs mató “accidentalmente” a su esposa al ponerle un vaso de whisky en la cabeza y fallar el tiro con que debía romperlo jugando a Guillermo Tell.



Ilustraciones de Salvador Elizondo

² Michelle Alban llegó a México en 1942 con su madre y su padrastro, un refugiado español, a bordo de un barco que salió de Marsella e hizo escalas en Casablanca y Puerto España; ya en México, terminó la secundaria, hizo la prepa y luego estudió Filosofía y Letras con especialidad en Letras Clásicas, al mismo tiempo que trabajaba como bibliotecaria y archivista; posteriormente dio clases de francés durante veintinueve años y diez meses en Guanajuato, en la universidad y luego en prepas de la UNAM. Se casó dos veces y se divorció. Después, fue la compañera de García Ponce que, al recibir el Premio Rulfo, recordó: “Con ella escribí mi largo libro *El reino milenario* —sobre Robert Musil, al que considero el mejor escritor del siglo XX—, el cuento ‘El gato’; *La cabaña*, una autobiografía precoz encargada por un editor (sin muchos elementos biográficos y que más bien era un ensayo sobre lo que para mí era la tarea del escritor), *Desconsideraciones* y *Cinco ensayos*, y reuní mis ensayos sobre pintura en *La aparición de lo invisible* y mis ensayos sobre literatura en *Entrada en materia*”.



Elizondo no da detalles de su encuentro con el escritor, que seguramente sólo ocurrió en su autobiografía.

Sólo faltó que Burroughs le dijera: “Hiciste bien, muchacho, pero mejor le hubieras pegado un tiro”.

Del resto de la vida del escritor, que murió en el 2006 a los setenta y tres años, sólo sabemos lo que anotó en sus diarios y nocturnos.

Nada se dice por razones cronológicas obvias sobre su segunda esposa, Paulina Lavista, pero ella publicó en *Letras Libres* un breve relato de su relación con el escritor.

Paulina es hija de Raúl Lavista, que musicalizó más de trescientas ochenta películas, entre ellas *Macario*, *La cucaracha*, *El ángel exterminador*, *Simón del desierto*, *Qué te ha dado esa mujer*, *Una mujer sin alma*, *Sobre las olas*; los amigos del compositor acudían a oír sus discos los domingos. Paulina conoció así a Elizondo en 1953, cuando ella tenía ocho años, y en 1957, a su regreso de Europa, lo volvió a ver; entonces ya se le permitía asistir a las reuniones musicales. Fue cuando realmente lo conoció. Tenía doce años y él veinticinco.

Elizondo se casó con Michelle Alban poco después y siguió asistiendo a las reuniones con ella. Paulina recuerda que asistieron a su fiesta de quince años (1960), donde un pianista, el Negro Ojeda, utilizó el piano de cola de su padre para animar a ritmo de rumba a los trescientos invitados. Posteriormente, Elizondo fue su maestro en el CUEC (Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la UNAM). “Para entonces ya se había divorciado de Michelle y lo acompañaba a dar sus clases una bellísima mujer, que era su amante, llamada María Rodríguez, a la que dedicó su segunda novela, *El hipogeo secreto*”.

A partir del 17 de diciembre de 1968, Paulina se convirtió en la novia de Elizondo y un año después se la llevó a vivir con él a un modesto departamento frente al Parque México; los padres y amigos de Paulina le advirtieron que él iba a practicarle los tormentos chinos descritos en su novela *Farabeuf*.

Es una lástima que Elizondo no haya aprovechado sus diarios (y nocturnos) para ampliar la autobiografía que publicó a los treinta y tres años.

El relato de Paulina se podría ampliar para completar la *Autobiografía* un poco a la manera en que *Tablada en la intimidad*, de Nina Cabrera, completa *La feria* de José Juan Tablada.

Otra posibilidad es la de hacer un libro sobre Elizondo con testimonios de su viuda, Michelle Alban, y otras personas como Pilar Pellicer, que lo hayan conocido.

Yo trabajo desde hace unos doce o trece años sobre (auto)biografías y memorias, sobre todo de escritores, y antes de leer *Mar de iguanas* me dediqué unos días a *Elizabeth Costello* y los tres libros autobiográficos de J.M. Coetzee: *Infancia*, *Juventud* y *Verano*. *Verano*, por cierto, ha sido considerado por *Babelia* como “libro del año” 2010, y está integrado por los testimonios de varias mujeres que conocieron a Coetzee y no se expresan de manera muy halagüeña sobre el Nobel.

Lo más sorprendente es que no se trata de testimonios auténticos, sino que él mismo se puso a imaginar lo que esas mujeres dirían de él, si ya se hubiera muerto y alguien las entrevistara.

Algo parecido se podría hacer con Elizondo, entrevistando, por ejemplo, a Michelle Alban, que tiene mucho que contar sobre él y García Ponce. **U**